

*
ES PROPIEDAD DEL EDITOR

*

LIBRO OCTAVO

EL ENCANTO Y LA DESOLACIÓN

El lector habrá comprendido que Eponina, habiendo conocido al través de la verja al inquilino de la calle Plumet, adonde la había enviado la Magnón, había empezado por separar á los bandidos de la calle Plumet, y luego había llevado allí á Mario, y que después de muchos días de éxtasis ante aquella verja, Mario, llevado por esa fuerza que arrastra el hierro hacia el imán y al amante hacia las piedras de que está hecha la casa de su amor, había concluido por entrar en el jardín de Cosette, como Romeo en el jardín de Julieta. Pero le había sido más fácil que á Romeo, porque éste tuvo que escalar una pared, y Mario no tuvo que hacer más que forzar un poco una de las barras de la verja decrépita que vacilaba en su alvéolo carcomido como los dientes de los viejos. Mario era delgado, y pasó fácilmente.

Como nunca había nadie en la calle, y Mario sólo entraba en el jardín de noche, no corría peligro de ser visto.

A partir de aquella hora bendita y santa en que un beso unió dos almas, Mario seguía yendo todas las noches. Si en aquel momento de su vida, Cosette hubiera caído en el amor de un hombre poco escru-